

Por favor, puedo explicarlo todo. Sólo tienen que apartar un poco la luz. Así está mejor. Gracias. Siempre he sido una persona muy ordenada. La pulcritud ha gobernado mi vida desde que tengo uso de razón. Me ayuda a estar en calma. No lo sé. Supongo que hay gente que le gusta coleccionar sellos o jugar al golf. Mi afición es la limpieza y el orden. Perdonen lo de la luz, es que me pongo muy nervioso delante de ustedes. Es la primera vez que sucede esto y espero que la última. Uno oye cosas como lo del abuso de poder y que... ya sé que no es su caso. Hasta ahora han sido muy amables conmigo. ¿Tienen un cigarrillo? Muchas gracias. Como les comentaba siempre he sido una especie de maniático de la limpieza. Al principio, cuando compré el apartamento, mis familiares más cercanos y mis amigos dejaron de venir. Supongo que, aunque nunca me lo dijeron abiertamente, les molestaba tanto orden. Se sentían incómodos. No lo pude evitar. Todos se fueron alejando poco a poco. Tal vez es mejor estar sólo que mal acompañado. Ya saben. Veo que debo ir al grano. Aunque no es eso en realidad. Yo les quiero mucho y ellos a mí, espero. El resultado es que una persona que está sola siempre busca compañía. Ustedes me entienden. Vamos, no me miren así. No me refería a ese tipo de compañía. Veo que no han entendido nada. No se limiten a rascar la superficie. Vean el interior. El espíritu humano no está hecho para la soledad. Por eso cuando se mudó el viejo al piso de enfrente me alegré. Empezaba a estar raro con la soledad como única compañía.

Era un buen hombre. Acababan de operarlo de una cadera. Le pusieron una prótesis en el lado derecho. Se mudó una semana después de que le dieran el alta. Cuando los de la mudanza comenzaron a descargar todas las cosas, salí al ver tanto alboroto en el viejo edificio. Venía con el pelo blanco despeinado, sin afeitarse y el tipo que empujaba la silla de ruedas no me gustó en absoluto. El viejo tenía una nariz aguileña y una cicatriz en el pómulo izquierdo. El que empujaba tenía su misma nariz y

porte, tendría cuarenta años, más o menos. Era su hijo. No me digan, ya lo sabían. Todo está en el informe, claro. No me gustó el hijo desde el principio. Un aprovechado si me permiten la expresión. ¿Por qué no se lo llevaba a su casa?. Prefería dejarlo sólo y visitarlo cuando le daba la gana. Ni siquiera le puso un asistente. Estuve a punto de denunciarlo a los servicios sociales. Trataba a su padre como a un animal. ¿Se acuerdan de los cementerios de elefantes?. Sí hombre, como los que salían en las películas de Tarzan. Bueno, no hace falta que se pongan así. No tienen sentido del humor. No me extraña que lo hayan perdido... con la profesión que tienen. En fin. Les sigo contando para que lo graben todo y no les quede nada en el tintero.

Al principio lo visitaba a escondidas. No quería que su hijo se enterase. Lo primero que hice fue afeitarse y lavarle el pelo. Pobre hombre. ¡Tenía piojos!. ¿Se lo imaginan?. En pleno siglo veintiuno. Hay cosas que son inconcebibles. Pues verán, yo iba todos los días a verle y le preparaba algo de comida. Después comenzó a pasear con las muletas. Lo peor era cuando venía el hijo. Nunca cogía el ascensor. Subía caminando y el ruido al pisar los escalones golpeaba en mi cabeza como un martillo. En parte eso me beneficiaba porque cuando él llegaba, yo me iba. El muy estúpido no se daba cuenta que de nada. ¿Saben como se llamaba el viejo?. Claro que lo saben. ¿Vaya pregunta verdad?. Martín Menéndez. Su hijo, también lo saben, Andrés Menéndez. El muy canalla del hijo pensaba que su pobre padre se las arreglaba muy bien. En realidad lo había llevado allí para quedarse con toda la herencia. El viejo me dijo que tenía mucho dinero ahorrado pero que no quería gastar nada. A su manera era un usurero. Agarrado, ya saben. Un tacaño. Pese a todo, un espíritu noble. No se merecía el trato que le estaba dando Andrés. Aunque claro, cría cuervos... y te sacarán los ojos. Un momento, ¿Pueden bajar el foco de nuevo?. Ya sé que soy un pesado, pero es que la luz

me sienta fatal. ¿Por qué no se sientan?. Estarán más cómodos. Todavía me queda historia que contar. No sean impacientes.

Así estuve con el anciano durante dos meses. Visitas rápidas y a escondidas. El hombre se iba recuperando poco a poco. Pareció rejuvenecer casi diez años. Casi estaba a punto de tirar las muletas cuando una tarde vino su hijo. Quería recluirlo en una residencia. De ahí a darlo por enajenado mental había un paso. ¡Cuántas veces me había dicho, con lágrimas en los ojos, que su hijo sólo quería el dinero y lo único que deseaba era verle enterrado bajo tierra!. ¿Suponen lo que es sentir ese miedo?. No, ustedes son demasiado jóvenes. Tenía que hacer algo. Mi conciencia me lo dictaba. La verdad es que si el pobre hombre hubiese tenido un poco más de determinación las cosas no hubiesen salido así. ¡Qué le vamos a hacer!. En la iglesia nos enseñan a hacer el bien. Yo creo que hice lo que me dictaba mi conciencia. Actué de buena fe. Bien los sabe Dios.

Esa misma semana, plagada de acontecimientos, me compré una lavadora. La impotencia de ver a aquel hombre a merced de las maniobras escabrosas de su único heredero, me hundieron en una crisis consumista y de limpieza. Mi lavadora era muy vieja. De carga superior. El modelo que conseguí, por cierto a muy buen precio, era de carga frontal, ahora todas las fabrican así. Me pasé el resto de la semana lavando ropa, limpiando la casa, barriendo y fregando al menos dos veces por día. La actividad doméstica era frenética. Estaba en plena crisis. Me encontraba en la gloria. La ropa lavada con suavizante tres veces. Planchaba dos veces por la mañana y dos por la tarde, las mismas prendas, claro. Lo mejor era la lavadora. Me quedaba embobado mirando como el bombo giraba y giraba para expulsar la ropa limpia. Limpieza. Era lo que me salvaba de la locura. Tal vez lo que me condujo a ella. ¿Cómo no me iba a volver loco si veía como se perpetraba aquel crimen legal?. Claro que debía de actuar. La compra de

la lavadora sólo fue un pequeño freno a mis compulsiones más internas.

La luz, otra vez. ¿Pueden apagarla?. Por mucho que la aparten siempre me molestará. Me entra dentro de la cabeza y me hace daño. No vuelvan a mirarme así. ¡Conozco mis derechos!. ¡No van a salirse con la suya!. ¡Quieren derrumbarme!. ¡Meter tanta presión para que reviente!.¿No es eso lo que tratan de hacer conmigo?. Malditos. Váyanse al infierno.

Perdonen. Por favor les pido disculpas. No suelo actuar así. Es que nunca me había visto en una situación como esta. Estoy nervioso. Lo siento de veras. ¿Podrán perdonarme?. Vuelvo a sentarme. No se preocupen. Por favor, no me peguen. Me quedaré quieto. Sí, sí. Ahora se lo contaré todo. Sólo un pequeño favor, el último.

¡Gracias por apagar la luz!. Son ustedes dignos merecedores de su rango. Gracias a gente como ustedes todo el mundo puede permanecer seguro en sus casas. Yo actué movido por el mismo sentimiento que les llevó a ustedes a estar en la policía. Sólo hice justicia. Verán, todo pasó como les voy a contar ahora.

Tras la discusión que tuvo con su hijo al viejo le dio un infarto. Una vez en la unidad de cuidados intensivos, fui a ver como se encontraba. No estaba Andrés. El viejo estaba muy débil. Unas profundas ojeras grises se habían formado bajo sus tristes ojos. La palidez de su piel rozaba la blancura de la sala. Una especie de sudor frío bañaba su cuerpo como un bautizo a la muerte. Martín se apagaba. ¿Y saben lo único que le preocupaba?. Su dinero. Con tal de evitar que su hijo se llevase un céntimo de euro, sería capaz de pedir el alta voluntaria. Traté de calmarle puesto que las emociones o disgustos no le iban a favorecer mucho y le dije que iba a ayudarlo en todo lo que me pidiera. No tardó en hablar diez segundos. Quería que trajera el testamento y a un notario que levantara acta en la sala de cuidados intensivos. Primero debía pasar por su casa para recoger además de las voluntades, unos documentos del banco.

Al llegar me encontré con el hijo. Fue en las escaleras. Le invité a entrar en mi casa. Le dije lo mucho que sentía toda la enfermedad que en breve acabaría con la vida de su padre. Le comenté que me había enviado para recoger algunas cosas. Me preguntó por los papeles. Eran los mismos que él también quería. Le serví una buena taza de café. Le dije que se calmase. Se puso hecho una fiera. En el fondo sabía que se iba a enfadar. Lo sabía. Le expliqué que al igual que la limpieza de las cosas de la casa, existía una limpieza moral. Mente y espíritu deben estar lavados y aclarados en una conjugación de ética y justicia. No pareció entender mis palabras. Me empujó hacia la ventana. Yo traté de defenderme. Seguí explicándole las razones que habían impulsado toda mi vida. Sólo sirvió para aumentar el clima de violencia. Bien sabe dios que sólo hice lo que era justo. No suelo abusar de mi poder. ¿Qué otra cosa podía hacer?. Ustedes hubiesen hecho lo mismo. No me mire así. Ni usted tampoco. ¿Quiénes son ustedes para juzgar a las personas?. Yo tengo el poder para hacerlo. ¡Atiéndanme!. ¡Dejen de una vez esa maldita grabadora!. Agradezco que hayan bajado la luz pero si no se están quietos y me prestan atención, no captarán la esencia de mi mensaje. Le enseñé la lavadora que había comprado. Mil doscientas revoluciones, aclarado adicional, carga frontal y apenas se movía en pleno centrifugado. Toda una representación de mi filosofía del orden, la limpieza y la justicia.

Sonó el teléfono. Ayudó a calmar la tensión que se iba acumulando en el piso. Era el hospital. El anciano había muerto. El bastardo de su hijo comenzó a llorar. Al principio me dio pena. Un hijo había perdido a un padre que a su vez hacía tiempo que había perdido a su hijo por culpa del dinero, de la sucia herencia. Me acerqué a él. Traté de consolarle. Parecía tener una pena muy grande. Había que limpiarlo todo.

Cuando ustedes entraron me encontraron sentado en el suelo de la cocina. Miraba como el bombo daba vueltas. Cada giro era una oración. Un mantra purificador.

Mi misión se estaba cumpliendo. ¿Les avisó la vecina del piso de arriba?. Me lo suponía. Es una cotilla. Supongo que estuvo oyendo todo el tiempo nuestra conversación. ¿Los gritos?. Bueno, sí. Supongo que también los oyó. ¡Qué me dicen!. ¡Así que bajó a mirar!. Vio la puerta abierta. Claro. Eso lo explica todo. ¿La sangre?. Es parte del proceso.

El bombo giraba y giraba. No parecía que se iba a parar nunca. Nunca podré describir el éxtasis religioso que sentí.

¿Que qué había adentro? Ustedes lo saben ¿Quieren grabarlo en ese chisme? Voy a decirlo en voz alta. Para que quede bien grabado.¡ SU CABEZA!. ¡SU CABEZA ESTABA DENTRO!.

LA CONFESIÓN

Pseudónimo: Reilly